

MIS RECUERDOS DEL BEATO JOSEMARÍA

Rafael Rey

Summary: A well-known Peruvian politician gives testimony of the teaching of Blessed Josemaría. He insists on the need for prayer and apostolic work. He shows the importance of solidarity with the poor. He emphasizes that a spiritual and apostolic nature does not curtail freedom but promotes love to your neighbor in public life. Politicians are also called to defend human life.

Key words: politics, prayer, apostolate, solidarity, freedom, human life.

Résumé: Un politicien péruvien bien connu présente son témoignage des enseignements du Bienheureux Josemaría. Il insiste sur la prière et l'apostolat. Il démontre l'importance de la solidarité avec les pauvres. Il souligne que le caractère spirituel et apostolique ne restreint pas la liberté, tout au contraire, il fait croître l'amour du prochain dans la vie publique. Les politiciens sont appelés aussi à défendre la vie humaine.

Mots clés: politique, prière, apostolat, solidarité, liberté, vie humaine.

PRIMER ENCUENTRO CON EL BEATO JOSEMARIA

Conocí al Beato Josemaría en la Semana Santa de 1972 en Roma, con motivo de la celebración de la reunión UNIV con jóvenes de todo el mundo. Era la primera vez que asistía un grupo de peruanos. Guardo de esos días un recuerdo vivo y alegre, porque me permitieron ver de cerca el entusiasmo de tantos universitarios de diversos países, interesados en ver el corazón de la Iglesia católica, en adherirse a la figura del Papa y, por cierto, también en apreciar la personalidad sobresaliente del fundador del Opus Dei.

En esos días romanos tuve ocasión de estar en un rato de tertulia con el Beato Josemaría, en la sala de estar de los edificios en los que vivía, en la calle Bruno Buozzi. Me había podido sentar a su lado, circunstancia que aproveché para tener un gesto de cariño con él: le puse mi beca universitaria, gesto que agradeció, al igual que la beca misma, pues se la dejé. Me dijo: «dale un abrazo fuerte a tu papá, cuando vuelvas a Piura».

Fueron días muy romanos, donde todo recordaba la civilización cristiana: las catacumbas de los primeros cristianos, el sacrificio de los mártires, el arte religioso en la arquitectura de sus templos, en la calidad de sus pinturas y la hermosura de sus esculturas. Aprendí por qué el Beato Josemaría había abandonado su patria, España, que tanto quería, para irse a vivir a Roma, cerca de la Ciudad del Vaticano y próximo al Vicario de Cristo. ¡Qué lógica tenía todo!

Yo había solicitado mi admisión en el Opus Dei el año anterior, 1971, mientras estudiaba ingeniería industrial en Piura. Yo nací en Lima, pero abandoné por unos años la capital peruana y me trasladé con mis padres y hermanos a Piura, a causa del trabajo de mi padre, que había sido nombrado rector de la Universidad.

SEGUNDO ENCUENTRO CON EL BEATO JOSEMARIA

Volví a ver al Padre, como le llamábamos los fieles del Opus Dei, en Lima, a mediados de 1974. Yo vivía en una residencia aneja a la casa donde se alojó el Fundador del Opus Dei durante su inolvidable visita al Perú. Pude participar de varias tertulias con muchos amigos, que acudían a escuchar sus palabras, tan amables como exigentes.

El 9 de julio de 1974, la labor apostólica del Opus Dei en el Perú cumplía veintiún años. Los primeros que vinieron a vivir y a trabajar habían llegado precisamente ese mismo día de 1953. Celebrando esa simpática coincidencia, que entendimos como designio ordinario de la Providencia divina, pusimos, en las habitaciones en las que se alojaría, veintiún rosas rojas, que evocaban la plena mayoría de edad de una labor querida por Dios, que se desarrollaba normalmente.

En esos días pudimos comprobar cuántas personas se habían relacionado con el Opus Dei en Lima y en las otras ciudades del país en las que había centros para la labor apostólica. Ordinariamente, tratábamos individualmente o en pequeños grupos a las personas que se acerca-

ban a la Obra y asistían a los medios de formación que se realizaban en los distintos centros. Durante esos días las vimos juntas, en las pocas tertulias que pudimos organizar, antes y después de los días en los que el Beato Josemaría tuvo que guardar cama -a causa de una enfermedad de los bronquios- en pleno invierno limeño, de clima muy húmedo.

ORACIÓN Y APOSTOLADO

Como hacía en todas partes, el Padre nos habló de oración y de apostolado. Nos dijo desde el primer día que hablemos a Dios con sinceridad, que el Señor nos escucha, nos ve, nos oye, nos quiere. Y añadió que debíamos hacer oración, aunque al principio nos sintiéramos incapaces de hacerla bien. Hablando de apostolado, reflexionó en voz alta sobre el hecho de que el Señor vino al mundo hace ya veinte siglos, y son pocos los cristianos; y entre los bautizados, pocos son católicos; y entre los que lo son, muy pocos se toman en serio la fe. Nos exigía afirmando que somos pocos los que rezamos, y que los que rezamos lo hacemos poco. Y después añadía que no debíamos desalentarnos, sino confiar en Dios, llevando a nuestros amigos a la confesión sacramental, aproximándolos a Dios y allanándolos el camino para volver a El.

El realismo de su conocimiento del mundo, al que quería apasionadamente, no afectaba en nada su optimismo sobrenatural. Pronto comentó que se había llevado una alegría enorme al ver la extensión y la profundidad de la labor apostólica en todos los sitios. Decía que veía ese desarrollo apostólico como una especie de Pentecostés en todas las clases sociales, en todos los ambientes. Gentes cultas y gentes medio ignorantes, pero que son muy sabias en cosas de Dios. Enfermos y sanos, jóvenes y viejos. Nos insistía en que soñaríamos, y aún así nos quedaríamos cortos, porque Dios no se deja ganar en generosidad.

SOLIDARIDAD CON LOS POBRES

Una de las alegrías más grandes que tuvo el Beato Josemaría en el Perú fue su contacto con los campesinos y las campesinas del sur de Lima, en Cañete. Fue una visita emotiva, donde -con palabras castellanas mezcladas con expresiones quechuas- la gente le decía cosas sentidas. El Beato Josemaría más adivinaba que recogía esas frases, apenas construidas gramaticalmente, pero cargadas de amor de Dios y de humilde bondad.

Se refería a Valle Grande y a Condoray, que entonces ya eran parte de la ciudad de Cañete, porque habían iniciado sus trabajos a mediados de los años sesenta. Esas labores educativas y asistenciales, que dirigen algunos fieles de la Obra, reflejan un espíritu de servicio desinteresado a la sociedad, que el Fundador quiso subrayar, afirmando que se trataba de una labor colosal de formación humana y profesional, material y espiritual.

Días más tarde, en una tertulia en el centro de Larboleda, en Chosica, pregunté al Padre cómo podemos hacer para que nuestros amigos entiendan que todos en el mundo necesitan ayuda para su formación espiritual. Me contestó recordando que la Iglesia hace siempre catequesis, repite siempre lo mismo, con la psicología del anuncio; y se refirió igualmente a la conveniencia de la conversación sincera personal, uno por uno, llamando a las cosas como son: al pan pan; y al vino, vino. Me puse serio, pero de inmediato volvió la sonrisa, porque el Beato Josemaría matizaba todos los consejos con bromas, palabras de cariño y una alegría contagiosa.

PROFUNDO AMOR A LA LIBERTAD

Cuando me gradué como ingeniero industrial, pasé a trabajar, primero, en unos almace-

nes privados de aduanas y, luego, en una compañía naviera, de la que fui varios años gerente general en el Perú. Fueron años de desempeño empresarial que me permitieron conocer el mundo del trabajo y fueron muy útiles para mi formación profesional práctica. Esta actividad me vinculó con otros empresarios y me llevó a estudiar la realidad de los complejos problemas de producción y de servicios en mi país.

Por esos años, lógicamente, tuve que tomar constantemente decisiones propias, a las que me obligaba el manejo de la empresa naviera. Pude entender a plenitud, en esos quehaceres, lo que había enseñado el Beato Josemaría al hablar de la libertad de los fieles cristianos seculares. Dijo muchas veces que precisamente la libertad personal de los laicos les permitía tomar, a la luz de los principios enunciados por el magisterio de la Iglesia, todas las decisiones concretas de orden práctico que cada uno juzgara en conciencia más convenientes y más de acuerdo con sus personales convicciones y aptitudes humanas.

Mis responsabilidades profesionales me permitieron participar en las actividades de las organizaciones gremiales, como la del CADE, que se realiza cada año, para promover el diálogo entre empresarios y gobernantes, así como vincularme con el ambiente empresarial del país. Me acordaba de lo que había enseñado el Beato Josemaría: que, en este necesario ámbito de autonomía profesional, cada fiel católico no debe quedar capitivado frente a los demás, para poder realizar con eficacia tanto su trabajo profesional, que debe ser santificado, cuanto su tarea apostólica, en medio de las realidades temporales, que debe ser siempre cuidadosamente respetada por todos.

Entre 1987 y 1990, el Perú vivía en clima electoral, porque el 28 de julio de ese último año tocaba un cambio de gobierno. Entonces, decidí dedicarme a la política activa. Como muchos otros profesionales jóvenes de esa década, pen-

saba que era necesario un cambio generacional, para darle sangre nueva a la vida pública nacional. Salí elegido diputado. Desde entonces he sido reelegido –como congresista– en 1992, 1995, 2000 y 2001.

CARÁCTER ESPIRITUAL Y APOSTÓLICO DEL OPUS DEI

Mi experiencia política tiene casi una docena de años y está cargada de tantas anécdotas y sucesos variados, que éstos ya me permiten mirarla con cierta comprensión, no exenta de desapego. Muchas veces he añorado mis tiempos de empresario a tiempo completo, aunque no reniego de la importancia que tiene la presencia en la vida pública para quien quiere de verdad llevar la actividad parlamentaria al servicio del bien común.

En el desenvolvimiento de mis actividades no han faltado periodistas que me han preguntado por mi vinculación al Opus Dei, como si se tratara de una condición que tiene una significación o una hipoteca ideológica y política partidaria. Frente a eso, no me he cansado de decir, una y otra vez, de repetir mientras me lo han permitido, que el Opus Dei no interviene para nada en política; es absolutamente ajeno a cualquier tendencia, grupo o régimen político, económico, cultural o ideológico.

Ante la mirada, quizás escéptica, de algunos hombres de prensa, porque pretenden interpretar hechos de naturaleza espiritual, de carácter apolítico, en clave política, les he dicho siempre que los fines del Opus Dei son espirituales y apostólicos. Recordaba que el Beato Josemaría nos decía que la Obra pide a los fieles que pertenecen a ella sólo que vivan en cristiano, que se esfuercen por ajustar sus vidas al ideal del Evangelio. El Opus Dei no se inmiscuye nunca en las cuestiones temporales.

Ocurre, gracias a Dios, que normalmente hombres y mujeres escuchan esta explicación y la comprenden a la primera. Luego, la ven en la práctica, cuando conocen más de cerca el Opus Dei. Ocurre también, por desgracia, que en ambientes enrarecidos por la política, los hay que no aceptan esta realidad, quizás porque no entienden la libertad personal o porque no atinan a distinguir entre los fines exclusivamente espirituales propios de la Iglesia católica, de cuya estructura jerárquica el Opus Dei forma parte como Prelatura personal, y el amplísimo campo propio de las actividades humanas –la economía, la política, la cultura, el arte, el deporte– en la que los seglares, como fieles corrientes, gozan de plena libertad y trabajan bajo su propia responsabilidad.

EL OPUS DEI EN EL MUNDO

En los años setenta venía al Perú –todos los meses de julio, agosto y setiembre– un catedrático de Historia de España de la Universidad de Madrid, Vicente Rodríguez Casado, numerario del Opus Dei desde mediados de los años treinta. Había conocido mi país en 1952, invitado por sus colegas historiadores, entre ellos Raúl Porras Barrenechea. Entonces, varios catedráticos de la Pontificia Universidad Católica del Perú, entre ellos el historiador José Agustín de la Puente Candamo, le propusieron que el Opus Dei instalara en Lima una residencia universitaria. Complaciendo ese pedido, al año siguiente vino a Lima, para quedarse, el padre Manuel Botas, acompañado unos días por Rodríguez Casado, con el fin de llevar a cabo esa iniciativa: la residencia Los Andes, que todavía existe en Lima, en su Sede actual del distrito de Miraflores.

Cuento este hecho, porque Vicente Rodríguez Casado había sido varios años director general en el Ministerio de Turismo de España y, muchos años, rector de la Universidad de

Verano de La Rábida. Esas circunstancias podrían llevar a pensar, a quien extendiera de uno a todos las características individuales de quien conoce, que porque un fiel del Opus Dei había trabajado en el gobierno del general Francisco Franco, todos los miembros de la Obra son franquistas.

Conocí en los años noventa, en un viaje a Madrid, a otro catedrático de la Universidad española: Antonio Fontán, también del Opus Dei. Fontán era profesor de latín y gran conocedor de los clásicos. Ha incursionado en el periodismo y en la empresa; es un personaje muy conocido en España. Dirigió la revista *Nuestro Tiempo*, fue decano de la Facultad de comunicación de la Universidad de Navarra. Fue asimismo senador en el período de la transición, ya cuando Juan Carlos de Borbón era el monarca español. Antonio Fontán había fundado el diario independiente *Madrid* en 1967, donde formó una generación de periodistas amantes de la libertad. El diario *Madrid* fue procesado diecinueve veces, multado diez veces y, finalmente, clausurado en 1971 por el gobierno franquista. Por eso, Fontán fue elegido uno de los cincuenta héroes de la libertad de prensa en el mundo por el prestigioso Instituto de Prensa Internacional, con sede en los Estados Unidos, en mayo del año 2000. Fontán ha sido, por tanto, tan antifranquista como franquista pudo haber sido Rodríguez Casado.

Cabe replicar: sí, pero es un solo caso por cada lado. Yo podría añadir: como Rodríguez Casado, también Florentino Pérez Embid –un andaluz muy simpático, monárquico de la casa de don Juan de Borbón– ocupó un cargo político en la época de Franco; y Rafael Calvo Serer –escritor y catedrático en la Universidad de Madrid–, como Fontán, fue crítico del régimen franquista, lo que le valió la pérdida de su cátedra universitaria y el exilio en París. Y así podría seguir, hasta el cansancio, añadiendo, de otro lado, que la inmensa mayoría de fieles de la Obra se dedican a actividades profesionales o a oficios manuales, ajenos del todo a las activida-

des directamente políticas, aunque lógicamente, cuando corresponde, ejercen sus derechos ciudadanos de manera normal.

No faltaron quienes, hace muchos años, dijeron en España, pese a todo, que los fieles del Opus Dei eran franquistas. Esa necedad fue repetida después en otras partes. Esta circunstancia me consoló hace poco, cuando tuve oportunidad de advertir, en la prensa peruana, una campaña promovida por un grupo político determinado para afirmar, a sabiendas de que ello era falso, que, porque yo formaba parte de la lista electoral de Unidad Nacional, el Opus Dei apoyaba a esa bandera partidaria.

Yo nunca he preguntado, siguiendo el ejemplo del Beato Josemaría Escrivá, lo que piensa en política un fiel del Opus Dei, porque probablemente me habría ganado como respuesta un: "¿y a ti qué te importa?" Cada cual piensa, en eso como en todo, como le da la gana. Pero es evidente que los fieles peruanos del Opus Dei, como los de otros países, tienen diversas inclinaciones políticas, según las circunstancias y convicciones individuales de cada uno.

¡Cuánta razón tenía el Beato Josemaría cuando se proclamaba un enamorado de la libertad! Nunca se cansó de predicar la necesidad de defender la libertad de cada uno, exigiendo sí, como contrapartida lógica, la necesidad de tener, igualmente, responsabilidad personal. Siguiendo las enseñanzas de la doctrina social de la Iglesia, el Beato Josemaría insistía en la conveniencia de fomentar la presencia de los católicos en la vida pública, para buscar el bien común de la sociedad, en un clima de respeto a la libertad de todos.

EN DEFENSA DE LA VIDA HUMANA

El Beato Josemaría tenía un profundo sentido de la justicia. Había estudiado derecho en

la Universidad de Zaragoza y había obtenido su doctorado en la Universidad de Madrid. Esa formación jurídica le fue útil toda la vida, tanto para señalar con fortaleza y paciencia el itinerario jurídico del Opus Dei como para enseñar y defender, también con fortaleza y paciencia, la libertad y la responsabilidad personal de cada uno de los fieles del Opus Dei en materias temporales, que Dios ha dejado a la libre opinión de los hombres.

A lo largo de los años transcurridos en mi labor parlamentaria, no he dejado de meditar sobre el punto 353 de *Camino*, ese libro del Beato Josemaría que ha encaminado a tantas personas por caminos de santidad: "*Aconfesionalismo. Neutralidad. –Viejos mitos que intentan siempre remozarse. ¿Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católico, al entrar en la Universidad o en la Asociación profesional o en la Asamblea sabia o en el Parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?*"

Las políticas de población que se debaten en el mundo actual son un ejemplo de esa incoherencia a la que alude el punto 353 de *Camino*, en la que la ignorancia, el egoísmo, el interés y la cobardía se unen para paralizar a muchos cristianos que podrían defender con valentía y eficacia el derecho sagrado a la vida. El Beato Josemaría dio ejemplo inequívoco de esa valentía. Siempre, en defensa de la teología moral, y más aún al publicarse la encíclica *Humanae vitae* del Papa Paulo VI, no cesó de predicar la defensa de la vida, desde el momento mismo de la concepción, condenando como un crimen horrendo y como un pecado grave el delito del aborto.

Tuve oportunidad de seguir los criterios del magisterio moral y social de la Iglesia sobre el tema del derecho a la vida humana cuando participé, como parte de la delegación peruana, en el Congreso Mundial de Población que tuvo lugar en El Cairo, Egipto, en el año 1994. Allí vi

tantas mezquindades humanas que mueven a desagaviar al Señor por las ofensas que la humanidad le hace, ignorante del mal que acarrea para el mundo una visión materialista e inhumana de la realidad demográfica y de la naturaleza del matrimonio. En todo momento fue la certeza infundida por el criterio cristiano, fiel a las enseñanzas pontificias, lo que ilustró mi conducta y mi quehacer, en el ejercicio de mi libertad personal y mi responsabilidad parlamentaria.

PROCESO DE CANONIZACIÓN

Sentí muy hondo en el alma la noticia de la muerte del Beato Josemaría; el 26 de junio de

1975. Como fue también muy honda mi alegría en el corazón por la noticia de su beatificación. Asistí, en la plaza de San Pedro, de Roma, el 17 de mayo de 1992, a la ceremonia presidida por el Santo Padre Juan Pablo II, en la que se proclamó Beato al Fundador del Opus Dei. Era un hito en el camino a la proclamación de su caridad heroica, de su santidad. Al ver a la multitud de trescientos mil fieles participando en la santa misa, di gracias a Dios por la suerte de haberlo conocido personalmente, de haber cruzado con él algunas palabras y de haber decidido seguir el camino de santidad que él, por voluntad divina, ha señalado en el mundo, a través del Opus Dei, para tantas personas de los cinco continentes. ■